

—Son hombres buenos, son hombres dulces, que me privan con tan poco dolor de este cuerpo tan mancillado.

—¡Muy bien, Purna! Puedes habitar en los países de esos bárbaros. Ve, Purna; libértado, libérta; consolado, consuela; llegado al completo Nirvana, haz llegar a él a los demás hombres.

Buda llama a todos los hombres, sin distinción de castas, a la salvación y al Nirvana; negando el principio mismo de la jerarquía teocrática, se inspira en la fraternidad universal y en el espíritu de igualdad. «*Mi ley — dice — es una ley de gracia para todos.*» Notemos de paso su superioridad sobre la sentencia cristiana: *Muchos son los llamados, pero pocos los escogidos.*

Y Buda decía aún: «... Sabio es el que no ve diferencia entre el cuerpo de un príncipe y el de un esclavo... Lo esencial en este mundo es lo que puede hallarse también en un cuerpo vil (es decir, la virtud) y que los sabios deben saludar y honrar. Lo mismo que el príncipe, el brahmán no es superior a los otros hombres; no hay entre un brahmán y otro hombre la diferencia que existe entre la piedra y el oro, entre las tinieblas y la luz».

Por último, Buda derriba la autoridad sacerdotal emancipando la moral de la dependencia del culto, aboliendo las ceremonias y las prácticas religiosas, reemplazándolas por deberes morales. «Todo lo que el universo — dice — puede ofrecer respecto de sacrificios en un año, todo lo que cada hombre puede inmolar con mira interesada, no vale la cuarta parte del respeto religioso a la virtud profesado por un hombre».

¿No es proclamar la exoterización del esoterismo el hecho de pronunciar esta palabra, que, según Burnouf, es la respuesta que dió un religioso budista de nuestra época, degradado por el rey de Ceilán por haber predicado ante los pobres: «La religión debe ser el bien común de todos»?

«Todos los seres se equivalen, según Gautama — dice Eliseo Reclús; — las plantas, los animales, los hombres, lo

mismo los viciosos que los virtuosos, y cada uno de nosotros no debe tener más ambición que la de hacer bien a todos. Nadie debe enorgullecerse; nadie está obligado a humillarse; cada uno está en su lugar; toda jerarquía queda suprimida; no hay papel para la autoridad, ese hecho brutal que los malos suelen considerar como un *principio*».

Sobre esa tendencia, lógica hasta el fin, Buda declara brahmánico, es decir, sabio, feliz:

«El que de nada se espanta y es independiente de todo;

»El que, libre de cuidados y de negocios, ignorando qué es deseo, alcanza la perfecta quietud;

»El que es dueño de sí mismo y tiene el corazón, la palabra y el cuerpo sin mancha;

»El hombre pobre, veraz, piadoso, exento de deseos;

»El que, por inocente que sea, soporta los golpes, las injurias, los hierros, fuerte por su paciencia y por su dulzura;

»El que no pega a un animal débil ni a un fuerte, y no permite que se les pegue;

»El que no resiste y no envidia nada;

»El que tiene la palabra dulce, verdadera, instructiva y no recurre jamás al insulto;

»El que renuncia a todo espíritu de propiedad»;

En ese espíritu de abandono y de bondad, los budistas recomiendan sobre todo devolver bien por mal. El *Dhamma-Pada* dice: «Si un hombre me causa locamente perjuicio, yo le cubriré en cambio con mi amor ferviente; cuanto más mal me haga, más bien le haré». Tal es la regla de conducta seguida por los *arahats*, es decir, los ascetas budistas que, siguiendo ciertas prácticas, han llegado a un estado superior de desarrollo moral.

No se puede llevar más lejos la caridad universal. Los que todavía creen que la caridad es invención cristiana, no olviden que las *cuatro verdades sublimes* del budismo: conocer el sufrimiento, estudiar sus causas, querer su